

pletada con la inclusión de los vigentes Reglamentos para la Organización y Funcionamiento de los Registros del estado civil, y el relativo a las Inscripciones de los diversos Registros públicos.

Creemos que con los comentarios intercalados a lo largo de la descripción del Código peruano ha quedado éste suficientemente comentado. Insistimos, sin embargo, en el hecho de que el primer cuerpo legal del Perú debe ser incluido entre los Códigos progresistas que siguen fundamentalmente al B. G. B. Hemos visto cómo en varias partes del mismo se hace patente la huella del Derecho alemán, con las consiguientes identidades y afinidades con aquellos otros Códigos que también se inspiran en aquél, como son sobre todo el brasileño de 1916 y la legislación suiza contenida en el Código civil y Federal de las Obligaciones. Estas son, probablemente, las principales fuentes del Código peruano.

Sin embargo, hemos podido apreciar igualmente que el grupo de Códigos que responden a la línea tradicional han tenido también su impacto sobre el Código peruano. Véase, si no, la influencia napoleónica en el campo de sucesiones o la identidad con el Código español en materia de esponsales o, dentro de las obligaciones, en los preceptos propios de la teoría general del contrato que el Código peruano desarrolla bajo el epígrafe «De los actos jurídicos».

No debe hablarse, pues, de ruptura con los Códigos y doctrina tradicionales, sino simplemente de pérdida de ascendiente de aquéllos, junto con una correlativa y considerable influencia del B. G. B. alemán.

Hemos de tener en cuenta la época en que el Código peruano fué redactado (1936), pues esto ayudará a comprender su esquema. Código, por tanto, que figura entre los más modernos y recientes, dando acogida en su articulado a novísimas figuras (como los contratos de radiodifusión, representación teatral y adaptación cinematográfica) que lo acreditan como un Código auténticamente vanguardista.—RAMÓN LÓPEZ VILAS.

AUGUSTE DETOEUF: *Opiniones de O. L. Barenton*. Editorial Francisco Casanovas. Traducción de Jaime Vicens Carrió. Barcelona, 1961. 212 páginas.

Vieja tradición europea, el libro de humor satírico, intencionado, exponiendo pareceres, a veces incisivos, abriendo en ocasiones paso a un sombrío gracejo, se ha aposentado desde Francia, que es quizá su país de origen, en las dos orillas del Océano, tierno y delicado en ese

poeta que fué el norteamericano James Thurber, disolvente y anarquista, en otro ya desaparecido Ambrose Bierce, autor de un *Diccionario del Diablo*, que ha abierto numerosas posibilidades a la literatura de nuestro tiempo.

De los escritores norteamericanos y de los europeos tiene eco e influencia el libro de Auguste Detoef *Opiniones de O. L. Barenton*, que al lector ocasional puede parecerle algo semejante a un conjunto de bromas y ligerezas comunes útiles para ser empleadas en una reunión de industriales; pero, en realidad, la obra es mucho más, es una sátira de la sociedad en la que todo se compra y se vende, en la que todos los valores tienen una función y una consideración económica, en la que la cultura se va convirtiendo, cada vez más, en el parcial telón de fondo sobre el que despliega su magia de mecanismos y multitudes una organización industrial en pleno desarrollo.

El libro se inicia con una semblanza del autor en la que nos habla de su inteligencia, de su acceso a los grandes Consejos de Administración franceses, de su enorme cultura, de su preparación politécnica y de su actitud, un tanto bohemia, en una época y en un ambiente escasamente vocado a estos métodos. A juzgar por la semblanza que firma Pierre Brison, una biografía más completa de Detoef sería del máximo interés y tendría muchísima aceptación por todos aquellos a los que, sin duda alguna, atraerá su obra.

En la parte más extensa de la obra se nos presenta la falsa biografía del supuesto señor Barenton, que es, en sí, una trepidante sátira de los modernos procedimientos de organización industrial y que, en una serie de pinceladas geniales, nos cuenta cómo Oscar Barenton se capacitó en la Escuela Politécnica, hizo sus primeras armas industriales al lado de su suegro, fabricante de ballenas para los historiados corsés de la *belle époque*, y culminó su carrera cuando ya no se estilaban dichos accesorios, creando un inmenso negocio de helados que sus hijos a su muerte derrumbaron, quedando como único resultado de su paso por la tierra «la afición a los helados por parte de los franceses».

Después de esta historia falsa, incisiva y acertada, se recoge el supuesto pensamiento de Barenton en una serie de apartados relativos a: «El dinero», «Un poco de Economía Política», «El hombre y las opiniones», «Leyes generales descubiertas oyendo hablar a los industriales», «Características de los industriales según sus nacionalidades», «Psicología para industriales», «Consejos de Administración», «La competencia», «Técnicos y obreros», «Cómo se hace un ingeniero», «Contabilidad y Estadística», «Publicidad», «El Jefe» y «La Dirección de una Empresa», hasta llegar a una observación general y definitiva que constituye la conclusión de toda la obra y que dice así: *Un verdadero*

*hombre de negocios no pierde su tiempo escribiendo pensamientos sobre los negocios.*

En esta pirueta se cifra quizá todo el libro, broma un poco amarga en la que el autor, lo suficientemente práctico para ser oído en los medios industriales de su país, pero no lo suficientemente materialista para entregarse en vida e intenciones a los ideales de la sociedad industrial, se burla de su propio trabajo, de la grandiosa sátira que, prácticamente, no deja fuera ni a aspectos que él conoce, y en cierto modo se ríe de sí mismo, reconociendo la futilidad y el carácter episódico de su propósito de escribir un libro, derrochando en él talento y sensibilidad que no va a tener ningún efecto ni reformador ni consejero sobre sus lectores, que burla burlando van a olvidar lo que como burla se les ha ofrecido.

A lo largo de la obra no falta el acento humano, el consejo cierto, el propósito de que el libro en alguna medida sea una ayuda, la fidelidad al propósito de que toda la obra tienda a intentar realizar un mundo mejor, y, entonces, la sinceridad de Detoef desborda la satírica gravedad de su falso portavoz Barenton, y en las páginas del libro habla un hombre profundamente preocupado por la dignidad del género humano, que intenta recordar a otros seres humanos, quizá colocados en la cúspide del proceso industrial, que sólo son simples hombres, nada más que eso. Pero otras veces prefiere la broma, la sátira e incluso la pirueta, así, por ejemplo, en las disposiciones para asegurarse un buen entierro, en las que se entresacan estas dos sensacionales afirmaciones: primera, poseer una gran fortuna, los industriales que no la tengan pueden ahorrarse la lectura de lo que sigue...; tercera, tomar las medidas necesarias para que los hijos y yernos gocen de verdadera influencia..., la influencia personal del muerto no juega un papel tan importante como pueda creerse.»

Detoef era, sin duda alguna, un hombre tremendamente decidido; algunas de sus frases, participando en esta virtud, alcanzan en ocasiones esta jocosa pero tremenda sinceridad:

«Un idiota rico es un rico; un idiota pobre es un idiota.»

Las opiniones de Barenton llegan a todos los sectores de la vida industrial: al accionista, al Consejo de Administración, a la producción y a las negociaciones; en todas partes deja una sensación de que estamos oyendo hablar a un hombre experto que ha escrito un libro con el ánimo de aconsejar sin que casi se dé cuenta el aconsejado y, otro poco, en busca de divertir a los lectores en un mundo en el que cada vez se publican menos libros con tan honestos propósitos.—RAÚL CHÁVARRI.

RODOLFO BARÓN CASTRO: *José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811*. Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, Centro América, 1961.

Rodolfo Barón Castro es una de las figuras más destacadas de la vida literaria y diplomática iberoamericana, que ha desempeñado y desarrolla actualmente una importante labor en diversos organismos internacionales de carácter internacional e iberoamericano, desempeñando cargos de destacada importancia que en su tarea y responsabilidad no le han impedido acreditarse como uno de los escritores más destacados del mundo iberoamericano, principalmente en las materias relacionadas con la educación, la cultura, la historia iberoamericana, el origen histórico de algunas ciudades de Iberoamérica y otros trabajos de tema y desarrollo igualmente importante.

Al convocarse por el Ministerio de Educación salvadoreño un concurso para conmemorar los doscientos cincuenta años de la iniciación de la independencia centroamericana, concurso que se centraba en torno a una biografía del gran humanista José Matías Delgado, y su actuación en la revolución de 1811, Rodolfo Barón Castro no podía estar ausente de este certamen, al que concurrió con el libro que comentamos y que por sus destacados valores obtuvo uno de los primeros premios.

La obra es un análisis a la vez histórico, político y sociológico, en el que se intenta no sólo evocar superficialmente una época, sino reflejar todo un ambiente y reunir en una descripción lo más acertada posible las causas y aspectos que motivaron las transformaciones del orden social existente.

El libro comienza analizando los antecedentes familiares, estudios y primeros años de José Matías Delgado, hasta su nombramiento ganado por oposición para cura vicario de San Salvador en 1797, nombramiento que es seguido a poco más de un año de distancia de una calamidad (el terremoto de 1798), que asolando la ciudad destroza la sede del recién nombrado vicario a poco de su toma de posesión.

Realiza a continuación el autor un detenido estudio de la actitud política característica de San Salvador entre 1798 y 1805, en el que por falta de corregidor se fortaleció la autonomía municipal, creándose una conciencia ciudadana abierta a la idea de independencia. En este período se recoge la influencia de José Matías Delgado en las decisiones más interesantes adoptadas por el municipio y se evidencia cómo va ganando autoridad el presbítero salvadoreño al mismo tiempo que una serie de sucesos que tienen lugar en Méjico y en otros puntos del Continente crean una especie de contagio ideológico que da lugar a la insurrección de San Salvador en 1811.

Esta insurrección, iniciada el 4 de noviembre de dicho año, fué un levantamiento popular fraguado por un grupo de personalidades criollas, que consiguió la primera parte de su objetivo, encaminada a apoderarse del gobierno de la ciudad y de la intendencia, reemplazando en los puestos de mando a los peninsulares por hijos del país, pero que fracasó en la segunda, consistente en arrastrar a las demás localidades de la intendencia y restantes provincias del reino a que se pronunciaran en un sentido semejante.

Los acontecimientos dieron principio en la noche del 4 de noviembre al circular la noticia de que había sido detenido en Guatemala el sacerdote don Manuel Aguilar y de que su hermano don Nicolás sería conducido a la capital del reino para sufrir idéntico destino, poniéndose también en movimiento el rumor de que los españoles pensaban asesinar al cura vicario, doctor José Matías Delgado.

Los disturbios culminaron en el nombramiento, por aclamación popular, de alcalde a don Bernardo Arce, iniciándose así un gobierno independiente que va a durar veintiocho días y que termina con el envío de un intendente nombrado desde Guatemala, José de Aycinena, criollo guatemalteco de gran arraigo en todo el continente. En la labor conciliadora, José Matías Delgado desempeña un importante papel por cuanto ya que el rumor de la conjura para matarle había sido el principal motor de la conspiración contra el poder establecido; era él, por su autoridad y su nombre, el más adecuado para resolver la tensa situación planteada y llegar a un acuerdo definitivo.

En esta tarea de mediador, José Matías Delgado tuvo un papel muy importante, pronunciando el 22 de diciembre de 1811 un famoso sermón, en el que con gran cuidado estableció las bases para una liquidación del conflicto insurgente, haciendo posible la concesión del indulto a los rebeldes y el establecimiento de una convivencia fundada sobre bases más firmes.

La personalidad de Delgado y su intervención en los acontecimientos de 1811 ha sido tradicionalmente objeto de revisión y discusión por parte de los escritores centroamericanos. Por esta razón todo el esfuerzo de Barón Castro, en su obra, se apoya en destacar el sentido nacional de la acción de Delgado en los sucesos de 1811, afirmando al mismo tiempo su personalidad política y su clara perspectiva.

«La lección de los próceres centroamericanos—dice el autor—es, por tanto, de espíritu ciudadano, de hombría de bien, de respeto humano, de entereza, de rectitud en suma, de civilidad. Acaso el haber cabalgado como quijotes prendados de sus concepciones teoréticas, hizo que muchos de ellos salieran volteados por las aspas de los molinos conociendo de sus compatriotas más de alguno la cárcel o el destierro

que sólo esperaron de sus antiguos dominadores. Y por lo que es más triste, la política menuda empujé a muchos de ellos, por lo que más vale mirarlos en su momento grandioso; cuando apostrofan a Bonaparte, celebran a Wellington o Castaños, luchan contra el trono de San Fernando, y Carlos V, escriben a Morelos, admiran a Bolívar, discuten en las Cortes de Cádiz o teorizan en el Congreso de Panamá.»

«Mas lo extraordinario —termina—, lo que les hace merecedores de la gratitud y del respeto de las generaciones posteriores, es que supieron estar a la altura del momento en que vivieron. Y del mismo modo que un insigne peruano se planteó el problema de cómo era el tipo humano del conquistador español; cabrá preguntarse ya por una lejanía de ciento cincuenta años cómo era aquel centroamericano que se nos agranda con la distancia y se nos magnifica con el ejemplo.»

Todo estudio histórico es siempre una tarea de comprensión, y esto es lo que ha definido la labor que a este respecto ha venido realizando en su obra Rodolfo Barón Castro, interpretando los datos, sucesos y documentos cuyo estudio se le ofrecía desde una real comprensión de las personas y sus motivaciones, en un intento de dar realidad y dimensión a los sucesos y las personas objeto de su trabajo. De un lado intentando ver en un pasado todavía no remoto las circunstancias configurativas del presente actual, y de otro, estableciendo a través del conocimiento por parte de las actuales generaciones de estos sucesos y personas un sentido más histórico y una comprensión más profunda de la situación real del hombre iberoamericano en nuestra actual coyuntura.—R. Ch.

## LIBROS RECIBIDOS

MARIANO GRONDONA: Política y gobierno. Editorial Columba. Buenos Aires, 1962. 62 págs.

*Breve, coherente y lúcido ensayo sobre esas complicadas esferas de la política y el gobierno, entendidos los conceptos profesionalmente. A nuestro juicio, la dificultad inicial consiste en poder aislar el tema, es decir, someterse al hecho objetivo de que la política es una realidad histórica e insoslayable y tiene, por tanto, sus métodos, su ciencia, sus actitudes y sus exclusiones determinadas. Mariano Grondona escribe concisa y claramente, partiendo de elementalidades («La política es, en esencia, la actividad de quienes procuran obtener el poder, retenerlo o ejercitarlo con vistas a un fin») y desembocando en atinadas*